

junio 1917).

La realceza constitucional española, ha-  
ce tiempo, y a pesar de las apariencias  
todas, paralítica, apóyase en dos mu-  
letas, que son los dos partidos turnan-  
tes. Muletas carcomidas, llenas de com-  
posturas y pegadizos. Cien veces se han  
noto, y otras tantas las han arreglado  
como peor se ha podido. Entran en ellas  
ya toda clase de maderas. Cada una  
de ellas se compone de trozos de roble  
y de chopo y de corcho — de corcho  
y a la vez también de alcornoque — y  
hasta de saúco. Y así por un lado se  
atabean, por otro se astillan, y por to-  
dos lados las come la política. Y están  
ambas muletas llenas de fañas y de cla-  
vijitas y de remiendos. No hay modo de  
tenerse mucho tiempo en pie apoyado  
en ellas.

Como es menester, además, que am-  
bas muletas sean proporcionadas entre  
sí y con el cuerpo del paralítico a que  
sostienen, en cuanto una de ellas se  
gasta o pierde algo de su palo, hay  
que reponerla. Y en tanto el paralítico  
se sostiene sobre la otra muleta.

Si las dos muletas se gastan mucho,  
el cuerpo del paralítico, apoyado en cor-  
tos báculos, cae hacia tierra, se de-  
rrenga, y si, lo que no es creíble, las  
dos muletas creciesen, el paralítico, te-  
niendo que colgarse de ellas, no po-  
dría mantener el equilibrio y se ven-  
dría también al suelo. No pueden, pues,  
ser las muletas ni demasiado cortas ni  
demasiado largas. Y todo se va en com-  
poner y recomponer las muletas.

El paralítico no puede tampoco apo-  
yarse a la vez, por igual a la vez, en  
ambas muletas, porque entonces no ha-  
bría tiempo para las debidas chapuzas  
reparatorias en la que no esté de tur-  
no, y así el paralítico tiene que car-  
gar una vez su peso a la izquierda y  
otra a la derecha. Sin que esto de iz-  
quierda y de derecha signifique en este  
caso nada de doctrinal. Lo mismo se  
puede poner a la izquierda o a la de-  
recha una que otra muleta. No hay  
entre ellas otra diferencia que la del  
turno, sea par, sea impar.

Hace unos dos años el enfermo tuvo  
que desprenderse de una de las muletas,  
llamémosle para entendernos, y no por  
otra razón, la de la derecha. Ahora  
acaban de darle al enfermo tal empe-  
llón, que ha tenido que soltar la mu-  
leta en que se apoyaba, y que se le  
había roto por la mitad, sosteniéndose  
en ella por un prodigio de equilibrio, y  
he aquí que tiene que echar mano de la  
otra muleta, de la que soltó hace dos  
años, y la tiene que coger como la  
dejó.

Dato, principal tarugo de la muleta  
de marquetaría ahora en turno, la trae  
tal cual quedó al tenerle el enfermo que  
soltarla. Los mismos tarugos de en-  
tonces, algunos de corcho y hasta de  
médula de saúco; la misma madera,  
sólo que más podrida. Tarugo hay que  
no pasa de ser de yesca. Y en esta mu-  
leta quiere ahora apoyarse el enfermo.

«¿Y qué va a hacer? — se nos pre-  
guntará. — ¿Va a buscar nuevas mu-  
letas, muletas recién hechas, muletas de  
madera nueva y no usada para esos me-  
neres? ¿Va a ir al bosque a buscar  
árboles sanos y hacer de ellos nue-  
vos báculos, báculos a que no haya aún  
tocado la carcoma? La carcoma que  
ataca también a los árboles de que no

se ha hecho todavía leña, de que no se  
ha sacado todavía vigas. ¿Va a bus-  
car nuevos apoyos de madera virgen  
el paralítico?»

No; no es eso. Al paralítico no le  
queda sino renunciar a las muletas,  
echar de sí las muletas. Y esto, o para  
intentar andar solo, sin muletas, aun-  
que sea tambaleándose, aunque sea a  
gatas, aunque sea de rodillas o arras-  
trándose, o sentarse, y una vez sentado,  
esperar.

Puede renunciar a andar con las mu-  
letas, a sostenerse en ellas, e intentar  
avanzar como pueda con sus propios  
pies, sirviéndose de aquéllas como de  
armas, como palos de ciego, para de-  
fenderse y atacar. Porque el ciego tam-  
bién usa bastón o cayada; pero no pa-  
ra apoyarse, sino para explorar el ter-  
reno y para defenderse con él, esgri-  
miéndolo en molinete. Y más de una vez  
han servido a nuestro paralítico, sus  
muletas, más que de apoyos, de pa-  
los de ciego dirigidos por los avisos  
del jazarillo. El jazarillo es lo que se  
llama la camarilla. Y la camarilla es  
a lo peor una camarera.

El enfermo puede intentar sostener-  
se por sus propios pies; puede intentar  
sacudirse la parálisis. Pero la pará-  
lisis es constitucional. La parálisis de la  
realceza no es algo patológico y pasa-  
jero, es algo fisiológico, es algo evo-  
lutivo. Es que la realceza no puede ya  
marchar sola, es que no debe marchar  
sola. Está en su constitución misma el  
necesitar de apoyo, el que la tengan  
que llevar.

Y le queda otro recurso al paralítico,  
y es sentarse y dejar que le lleven.  
Le queda sentarse en el carro y ni pre-  
tender dirigirlo. Porque el carro no es  
ya tirado por caballos, por tantos am-  
males; el carro es un automóvil, pero  
un automóvil verdadero, que se lleva a  
sí mismo.

Si el paralítico se sienta en el carro  
y renuncia a las muletas, le quedarán  
las manos libres; libres para empu-  
ñar, por gala y representación, las bri-  
das, aunque no guíen esas bridas; libres  
más bien para empuñar la rueda de  
guiar, aunque sea el automóvil el que

por sí mismo marcha. Le quedará sob-  
re todo libre la diestra para firmar.  
Todo automóvil que se respete, necesita  
de alguien en el pescante. Si quiera para  
hacer las señales convenidas a aquellos  
con quien se cruza en la carretera. Un  
hombre en un pescante puede ser una  
bandera. Y una bandera, aunque vaya  
al frente de un ejército, no dirige por  
sí misma a nadie. Dejarse dirigir por  
la bandera sola, sería como dejarse por  
el viento.

El régimen de las muletas turnan-  
tes es, pues, el peor de todos los re-  
gímenes. O que el hombre enfermo tra-  
te de tenerse sobre sus pies y marchar  
con ellos, o que se sienta y se deje  
llevar mientras sea útil para algo.

La Constitución es para la realceza una  
parálisis. Una monarquía constitucional  
es una monarquía paralítica. Y no cabe  
ser incondicional de semejante realceza.  
Porque siendo como es la Constitución  
una condición, es absurda la incondi-  
cionalidad del monárquico constitucio-  
nalista. Porque ¿y si el rey viola la  
Constitución?





Cabe hasta cierto punto ser incondicional de la democracia, de la soberanía popular, y aún más de la anarquía, cabe enseñar — aunque no lo enseñáramos nosotros — que haga lo que hiciera el pueblo soberano está bien hecho, y que la voz del pueblo es la voz de Dios. Y cabe, por otra parte, ser incondicional de la realeza absoluta, del absolutismo regio; cabe enseñar que la voluntad del monarca, sea déspota o tirano, es la ley. El derecho divino de los pueblos o el derecho divino de los reyes son algo coherente y lógico; no lo es el derecho divino de un miserable compromiso entre el pueblo y el rey; no lo es el derecho divino de un precario contrato. Se puede ser en política lógicamente panteísta y monoteísta rígido; lo que no cabe es ese otro compromiso.

Se acepta, sí, un compromiso; pero como una interinidad más o menos larga, como una transición educativa, como una preparación.

Los reyes tienen que hacerse o imperialistas; esto es, emperadores, o republicanos; esto es, ciudadanos. Los reyes, o tienen que servirse del imperio, o tienen que ponerse al servicio de la República. Los reyes, o tienen que empuñar el volante del automóvil, o tienen que dejarse llevar por éste como banderas vivas y de carne, y hacer las señas convenidas a los que cruzan. Los que no pueden ya es marchar con muletas.

Las muletas, por su parte, no pueden marchar solas. Si uncis vuestras dos muletas, haciendo con ellas unas angarillas o parihuelas, no podrían llevar, por sí solas, ni un cadáver. Esas dos muletas, compuestas de tarugos de pino, de castaño, de roble, pero sobre todo de corcho, y de médula de saúco y de vieja leña podrida y de yesca y de tablas hechas serrín, no pueden sostener ya nada.

Dato ha metido bajo el sobaco del paralítico la muleta de corcho, de médula, de saúco, de yesca y de serrín de ese palo de marquetería carcomida que se llama el partido conservador. La muleta no es sino serrín dentro de una chiapa barnizada.

MIGUEL DE UNAMUNO

